

ALGUNOS LUGARES COMUNES DEL ÚLTIMO EXILIO ESPAÑOL: 1936-1939

Luis de LLERA
Universidad de Génova

Francisco Ayala inicia con las siguientes palabras el segundo volumen de sus memorias:

Mucha y muy florida, y muy sentimental retórica es la que se ha derrochado acerca de la generosidad con que los países hispanoamericanos recibieron a quienes, terminada la guerra civil con la derrota de la República, debimos abandonar la patria amada, fugitivos de Franco. [...] Lo de la hospitalidad generosa con que tal y cual país acogió a los exiliados españoles es, ha llegado a ser, un lugar común que, como tantos otros tópicos, cualquiera fuese su base de realidad, resulta en último análisis falso, y hasta un poco irritante (11).

A propósito del exilio en Francia, anterior a la Segunda Guerra Mundial, Ayala afirma —y no le faltan motivos— que ni siquiera a las mujeres españolas les era permitido trabajar como domésticas. Del exilio en Santo Domingo cuenta un caso significativo. Su amigo Fernando Torino, juez e hijo de magistrados, fue asignado a trabajar en una finca de campo. Y ello a pesar del interés demostrado en un principio por el presidente Trujillo.

Chile desde 1938 contaba con un presidente elegido por el Frente Popular, Aguirre Cerda. Las relaciones con el gobierno republicano español eran óptimas. Indalecio Prieto había representado a España en la investidura del nuevo mandatario chileno. Sin embargo las dificultades del empleo en el país sudamericano invitaron a la prudencia a su presidente, que se vio obligado a difundir un comunicado restrictivo en cuanto a número y ejercicio de la profesión para los exiliados españoles. Podían trabajar en la agricultura y en la industria, siempre que no supusiera problemas de competencia con los obreros chilenos. Prohibición total, en cambio, para las profesiones liberales incluida naturalmente la de los profesores universitarios. La prohibición de entrada se extiende a las colonias de niños y, paradójicamente, a los miembros de las Brigadas Internacionales. Como ha escrito Javier Rubio,

El transporte de los refugiados hasta Chile, así como los gastos de los seis primeros meses, —éstos últimos cuantificados con precisión— está perfectamente claro que corren a cargo de los propios refugiados, o de los organismos que les ayudan. Todavía más, el dinero habrá de depositarse en el Banco Central de Chile por adelantado, pues aunque ésta última precisión no figura en el comunicado queda muy claro que así ha de ser (183).

Menos mal que la falta de rigidez en la aplicación de las normas, típica de la idiosincrasia española y, sobre todo, hispanoamericana, dulcificó el decreto y varios intelectuales pudieron desembarcar en Valparaíso. Pablo Neruda, desde París, tuvo el encargo de seleccionar a los refugiados españoles en Francia camino de Chile. Al poeta le ha sido atribuida una particular simpatía por los emigrados comunistas en detrimento de los anarquistas. Simpatías declaradas en su importante libro de memorias, *Confieso que he vivido*.

Argentina también adujo problemas de ocupación laboral. El gobierno de Buenos Aires consentiría la entrada de personal especializado y de algunos intelectuales prestigiosos, pero nada más. Por una parte la legislación del país era muy severa en materia de inmigración. Por la otra, motivos de precaución política se imponían. La llegada de extremistas políticos preocupaba al gobierno de Buenos Aires que el 26 de julio de 1935 había endurecido las normas de entrada en su país, ya cauteladas suficientemente por un decreto de 1930 del gobierno entonces presidido por el general Uriburu. Por suerte para los exiliados, Argentina tampoco era un país anglosajón y las puertas, a intelectuales y no, se entreabrieron en varias ocasiones, incluso antes del final de la guerra. A partir de 1949 la situación mejoró. Como ha escrito Ayala: "Otros muchos españoles fueron logrando entrar a su vez poco a poco, a vuelta de inconvenientes y penalidades, hasta reunirse allí un grupo bastante numeroso, formado más que nada por miembros de profesiones liberales, catedráticos, artistas, escritores, médicos, abogados" (14).

No pretendemos negar la buena acogida de los países americanos para con los refugiados españoles. Sería una injusticia. Sin aquella ayuda es difícil imaginar la suerte de tantos españoles una vez invadida Francia por las tropas alemanas, e incluso antes, pues el cambio de los campos de concentración franceses por las difíciles pero reales posibilidades de rehacer la vida resulta enorme. No hay que regatear agradecimientos a la acogida tributada por muchos países americanos. Además queda por citar al más generoso de todos, México, a su presidente Cárdenas, a intelectuales mexicanos como Alfonso Reyes y a tantos mexicanos que compartieron la realidad económica y social de su país con los recién llegados. Sin embargo, queremos hacer hincapié en las dificultades objetivas que encontraron nuestros exiliados a causa de las leyes restrictivas, competencia laboral, dificultad de integración, lejanía en muchos casos de centros habitados con el consiguiente aislamiento en latitudes geográficas y ambientales tan diferentes de las tierras de procedencia. El exilio no resultó en ningún caso una aventura rosa donde los fugitivos encontraron las puertas totalmente abiertas y una sociedad políticamente afín a la de la España de los años 30.

Se ha idealizado a veces también la continuidad política; es decir España peregrina como una Numancia orgullosa que perpetúa voluntariamente la his-

toria de la II República. Abellán ha escrito al respecto que "La simbólica *Numancia errante* del exilio español pudo por eso enorgullecerse de haber sabido legar a su patria una continuidad ideológica, una consistencia espiritual, y hasta una simple ética, que son indispensables para las tareas reconstructoras de la España democrática que viene" (1983, 62).

La realidad del exilio en todas sus facetas, la enorme duración que alcanzó en muchos casos, el subseguirse de los gobiernos hasta la tardía fecha de 1977 produjo en el bien y en el mal una natural ruptura con la evolución política, social y cultural de España. Los contactos, por fuerza de la distancia, de la dispersión y por las dificultades impuestas por el régimen de Franco, sobre todo en la primera década, no consiguieron mantener unidas la España peregrina con la España del interior. Desde el punto de vista cultural no cabe duda de que en muchos casos concretos se pueden establecer paralelismos. Por ejemplo, en el campo filosófico la presencia de Ortega resulta una realidad innegable. Intenté poner de manifiesto las analogías entre el concepto de hispanidad sostenido por García Morente en España y Eduardo Nicol en México. Pero no siempre fue así. La nueva realidad americana y el deseo de volver a empezar desvió las trayectorias literarias iniciadas en España. Lo declara sin rodeos José Moreno Villa al contar las primeras impresiones y decisiones a su llegada a México: "Respiraba el fracaso de Europa, de España y de todos nosotros. [...] Sin embargo (sic) yo estaba dispuesto a cumplir lo que fuese, porque yo iba dejando de ser aquél que fui" (243). Más tarde y ya casado con la joven viuda de su íntimo amigo Serrano Estrada confiesa Moreno Villa la necesidad de volver a empezar: "En México hubo que recomenzar la vida, cosa dura si ya no se tiene ilusión y la flexibilidad de la juventud y recomenzarla sobre los mismos instrumentos de siempre: la pluma, los estudios de arte y acaso la pintura. El desastre de España me impuso la convicción de que mi vida allí se había terminado y de que era preciso poner a prueba mis facultades de todo orden a la presión más alta" (259). El poeta refiere que ante las difíciles circunstancias se puso a trabajar más que nunca, escribiendo y publicando más que antes, pintando, dando conferencias. Sin embargo, y a pesar del triunfo de su voluntad, reconoce que "todo esto en las peores condiciones físicas, porque la altura de la ciudad, unida a los sufrimientos morales, traían desquiciados mis nervios. Las pruebas de adaptación fueron dobles: al ambiente social y matrimonial y al ambiente físico. Los estados de depresión que atravesé desde el año 39 han sido numerosos y grandes, aunque he tratado de disimularlos" (260).

A pesar de todo los intelectuales gozaron de mayores privilegios: la II República, sobre todo en un principio, había mimado a los hombres de cultura y de ciencia. Además la llegada de muchos de los mejores coincidía con un desa-

rollo económico y cultural de la nación mexicana. Ya en París, en 1939, se había creado la Junta de Cultura Española con el objetivo de ayudar a los intelectuales españoles a establecerse lo mejor posible en otros países. La institución, a causa de la Guerra Mundial, se trasladó, antes de finalizar el año, a México. Negrín había donado a la Junta 50.000 pesos para los primeros pasos; es decir, una biblioteca, un centro cultural y la publicación de una revista, "España peregrina". Desgraciadamente Junta y revista se hundieron en poco tiempo, en parte por dificultades económicas, en parte por las tensiones entre José Bergamín y Juan Larrea.

Ya antes, en 1937, varios intelectuales mexicanos de prestigio —Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Eduardo Villaseñor, Manuel Martínez Báez— hicieron las gestiones oportunas a fin de que el gobierno Cárdenas crease las estructuras necesarias para acoger a 25 ó 30 intelectuales españoles de prestigio. Varias instituciones mexicanas apoyaron la iniciativa: la Secretaría de Educación, el Fondo de Cultura Económica, el Banco Nacional de México y la Universidad Nacional. La iniciativa se llevó a cabo y los elegidos recibían un sueldo parecido al de los profesores universitarios. Los primeros invitados fueron: Juan de la Encina, Enrique Díez-Canedo, José Gaos, Gonzalo R. Láfora, José Moreno Villa, Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay, Dámaso Alonso y Ramón Menéndez Pidal. A ellos se agregaron pronto Pedro Carrasco, León Felipe, Manuel Márquez, Agustín Millares, Manuel Pedroso, Joaquín Xirau, Antonio Medinaveitia, Ramón Iglesias, Álvaro de Albornoz, José Medina Echavarría, Juan Roura-Parella, María Zambrano y José Carner. La nueva institución, llamada primero Casa de España y, después, Colegio de México, intentó imitar el espíritu de la Residencia de Estudiantes. Colegio Mayor para los residentes, que en poco tiempo aumentaron de número, bibliotecas y salas de estudio para los externos. Se concedieron becas de investigación para jóvenes estudiantes y licenciados mexicanos. No faltaron importantes publicaciones periódicas, como "Nueva Revista de Filología Hispánica", "Foro Internacional e Historia Mexicana". El espíritu de elitismo cultural y de investigación concienzuda dio enormes frutos y ayudó a rehacer la vida de muchos españoles.

No faltaron recelos ni algunas incomprendiones con los colegas americanos, pero por lo general la amistad y el espíritu de cooperación se impuso, entre otras cosas porque catedráticos españoles, como Gaos y otros, se dedicaron en gran parte a reconstruir la historia cultural de México. Pero las razones, quizás, más importantes de las simpatías que El Colegio de España supo ganarse en la sociedad mexicana se concretaban en 1) el prestigio intelectual de los residentes; 2) en su moderación política. Lo demuestra el hecho de las críticas que buena parte de la prensa y de la sociedad mexicana deparó a la decisión de Cárdenas de abrir las puertas del país a miles de exiliados españo-

les en Francia. Se despertó, entonces, cierto miedo a que extremistas anárquicos y de otros partidos creasen problemas una vez aceptados, usando la nación anfitriona como plataforma política.

Oposición por parte de muchos círculos católicos, pero también de intelectuales mexicanos liberales que conocían bien la incompatibilidad entre democracia y comunismo. Además, y como ha escrito Patricia W. Fagen, "La República española les parecía un experimento fracasado aún a quienes no se oponían a sus principios liberales democráticos" (44). Además, muchos mexicanos liberales y conservadores en general temían

que la llegada de los transterrados fortificara la extrema izquierda de su país. [...] Como no había duda alguna de que Narciso Bassols, a quien Cárdenas había nombrado para participar en la selección de los transterrados que serían admitidos, era un simpatizante de la izquierda; parecía haber buenas razones para suponer que favorecía a los izquierdistas en general. Si, gracias a Cárdenas y a Bassols, los mismos revolucionarios y comunistas que habían arrebatado el dominio de la República española a sus fundadores vinieran a México, bien podrían inmiscuirse en la política mexicana, esperando alcanzar objetivos similares (44).

Volviendo a las palabras de Abellán, hay que ser sinceros y no crear puentes imaginarios o deseables. La realidad política, social, económica y cultural que se ha formado y desarrollado en la España democrática de hoy debe poco o nada a la Numancia peregrina. En primer lugar porque en vez de una república los españoles han apoyado una monarquía. En segundo lugar porque en 1975 el número de exiliados era mínimo para que su influencia cultural y ética alcanzase reflejos en la Península. En cuanto a cultura se refiere, si bien los exiliados habían empezado a apreciar ya lo que se hacía en España y los intelectuales peninsulares seguían con interés y, a veces, con veneración la obra de algunos exiliados en América, no se puede decir que la influencia fuese, ni mucho menos, determinante, ni para la poesía, ni para la novela, ni el teatro, ni para la filosofía, ni otros campos del saber.

Los textos recién citados nos servirán para intentar romper con otro lugar común en la historiografía del exilio: el radicalismo político de los intelectuales exiliados y su republicanismo a ultranza. En efecto, las letras y la ciencia española que preceden a la guerra civil son en el campo cultural fundamentalmente minoritarias y políticamente liberal-moderadas. Y esta afirmación incluye a exiliados y no. Las instituciones que propiciaron el desarrollo cultural del primer tercio del siglo deben su nacimiento, por lo general, a hombres de cultura apolíticos y, en muchos casos, monárquicos. Nos referimos a la Junta para Ampliación de Estudios, al Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes, el Instituto-Escuela y, en muchas materias, la Universidad de Madrid y su flamante Facultad de Letras¹. Hombres y mujeres pertenecientes por lo general a las clases medio-altas del país, crecidos en el indi-

vidualismo egocéntrico del modernismo, en el minoritarismo europeísta de Ortega y de la Generación del 14, alumnos acosados, por ejemplo en el campo poético, por el purismo de Juan Ramón Jiménez y la bohemia exótica y buscadamente original de ultraístas y creacionistas. Si de la lírica saltamos al pensamiento el escenario, en el fondo, cambia muy poco: el campo está dominado por la amistad-rivalidad entre Unamuno y Ortega. Ambos antimonárquicos, antiprimoriveristas (más el primero que el segundo), patriarcas del nacimiento de la II República y, al mismo tiempo, liberales antimarxistas y enemigos de los derroteros que tomó en seguida el régimen nacido en 1931. Ortega y Unamuno son dos figuras emblemáticas y ejemplares de cuanto intentamos decir.

Don Miguel, tan fuera de rojos y azules, tan apartado del terrible maniqueísmo dueño de España entre 1931-6, no supo reaccionar cuando la nación saltó por alto en 1936. Quedó tan extrañado ante una matanza entre españoles que no comprendió lo que ocurría en Salamanca cuando el 18 de julio del fatídico año era, como cuenta González Egido, el único cliente de los bares de la Plaza Mayor. Ya antes, observa el mismo biógrafo

sus críticas a la política republicana se exacerbaban y llevó a la práctica de sus colaboraciones de los periódicos su personal guerra civil de palabras. Y, además, el aire populachero y ruidoso de la calle frentepopulista irritaba a su sensibilidad de cuartos, de libros, de profesor y de pequeño burgués educado [...]. Porque la multitud, la masa, el apezuñamiento humano, le producía pavor, porque le despersonalizaba, le desindividualizaba, le anonadaba, y lo que veía, lo que tenía delante, del avance frentepopulista era la serialización anónima de los rostros irritados y reivindicativos, la repetición unánime de las consignas verbales y la masificación procaz de los reflejos populares. Se sentía desplazado de aquel porvenir, que presumía deshumanizado, privado de un cristianismo cultural que vertebraba, según él, la solidez del individuo [...] Todo parecía ir hacia afuera, cuando su predicada revolución moral proponía ir hacia adentro. La economía no era el problema, sino la persona humana, el desvalido ser humano, necesitado de densificar su ser para evitar la invasión de la nada (34).

Ortega, veinte años más joven que don Miguel, participó como intelectual en plenitud creativa y vital de la República, de la Guerra y del exilio. Fundador de la Asociación al Servicio de la República, agorero antes de la muerte de la Monarquía, se desilusionó muy pronto del nuevo régimen que para él, como para muchísimos españoles, había sido esperado como el cumplimiento de la modernidad en campo político. Resultaría inútil repetir los numerosos escritos de Ortega que testimonian la trayectoria de un liberal fracasado por haber creído que la República solucionaría los viejos problemas de la Monarquía y colocaría a España en la órbita de los países democráticos de la Europa occidental.

Ortega, incluso antes de estallar la guerra, abandonó con su familia su piso de Madrid. El nuevo alojamiento tampoco se demostró un lugar seguro cuando vino a saber que su casa había sido registrada por el tristemente famoso García Atadeil, anarquista de los más violentos de la capital. De aquí la idea de trasla-

darse a la Residencia de Estudiantes, donde, pensaba, sería más difícil la entrada a los milicianos incontrolados (de Llera 1996b, 96). A pesar de las precauciones, Ortega se equivocaba sobre la evolución del clima de violencia en Madrid. Constató que el ser republicano en sí mismo no garantizaba nada. La Residencia de Estudiantes no se cerró al final de la Guerra como muchos creen, ni el mandante fue el nuevo régimen militar. La Institución, orgullo de la élite cultural durante la Monarquía y la República, conoció una desbandada casi total de sus residentes y de sus empleados cuando el clima de descontrol criminal se enseñoreó de Madrid durante los primeros meses de la guerra. Nadie se sentía seguro, ni fuera, ni dentro de la Residencia, excepto, naturalmente, los relativamente pocos intelectuales inscritos a los partidos revolucionarios. El intelectual liberal había dejado de ser un ejemplo de republicano perfecto. Lo confirma el poeta Moreno Villa, residente como Ortega durante los últimos días del *santa sanctorum* de la cultura española de 1910 a 1936:

Estalla la rebelión militar e inmediatamente se produce un cambio de actitud en la servidumbre de la Residencia de Estudiantes: unas cuantas mujeres aleccionan a las demás y comienzan a mirarnos como a burgueses dignos de ser arrastrados [...]. Huyeron las chicas americanas, huyeron los estudiantes en su casi totalidad [...]. La situación se fue haciendo cada vez más violenta y enrarecida en aquella nuestra casa [...]. Todas las noches oíamos de fusilamientos en las cercanías, y cuando nos levantábamos oíamos contar a las criadas como eran las víctimas de los famosos "paseos" [...]. Después de oír esto me iba al archivo y me recibía el portero con una noticia espeluznante: Le dieron el paseo al mozo Tal de la Biblioteca. Hoy apareció muerto en la Cuesta de las Perdices el administrador señor Anguiano (211-212).

Si Ortega podía ser considerado como un republicano de derechas, Moreno Villa, sin ser revolucionario, había declarado en varias ocasiones su rotundo izquierdismo. Por eso el poeta, superados los primeros miedos, fue trasladado a Valencia meses después, para salir apenas pudo de la España republicana en 1937. Para Ortega, en cambio, la situación se complicó porque rechazó firmar un manifiesto de escritores antifascistas, donde se atacaban instituciones, partidos y personas; en su conjunto, resultaba el inicio de la estatalización de la cultura por parte del régimen. Al final tuvo que ceder, si bien rectificando ligeramente el texto (ver Miguel Ortega, 131-132; Soledad Ortega, 47-48), firmando el manifiesto con Menéndez Pidal y Marañón, igualmente poco entusiastas del mismo.

Ayudado por el hermano Eduardo, Ortega, acompañado de su familia, consiguió marcharse a Francia, donde se dieron cita obligada gran parte de sus amigos, muchos de ellos integrantes de los que se ha llamado posteriormente Generación de 1914, algunos de ellos fundadores con Ortega de la Agrupación al Servicio de la República. Pensamos en primer lugar en Gregorio Marañón que en carta fechada en enero de 1936 había confesado sus sentimientos políticos al líder del Partido Agrario José Martínez de Velasco: "Me siento ya

hecho, maduro, empezando a ver, al otro lado, la declinación. Ya no he de cambiar mi izquierdismo, tan poco exaltado si Ud. quiere, pero tan firme. Me duele pensar que pueda haber dolores grandes y trágicos en España. Prefiero no contribuir a ellos y seguir siendo el liberal espectador y trabajador por la ciencia, que es la mejor verdad de España" (Gómez-Santos, 402).

Marañón había logrado pasar la frontera en la Navidad de 1936. Llegó hasta Alicante y desde allí hasta Marsella en el barco francés *Active*. A su llegada al puerto francés hizo unas significativas declaraciones a los periodistas sobre la total falta de libertad de los intelectuales no revolucionarios en la llamada España republicana. Marañón pudo "escaparse" gracias al gobierno francés "que había telegrafiado a su representante en Madrid para que fuese facilitada la salida del doctor Marañón, doctor Honoris Causa de la Sorbona, donde pronunciaría una conferencia" (Gómez-Santos, 402).

La familia Marañón había abandonado España juntamente con Menéndez Pidal, que tampoco se sentía demasiado seguro en la zona frentepopulista. Don Ramón se encontraba también en la Residencia, invitado por su director en vista de la situación de descontrol existente en Madrid. Un residente, Prieto Bances, liberal y republicano, había sido requerido por un grupo de milicianos para darle el "paseo". Don Ramón, escondido detrás de un árbol en el jardín de la Resi, oye repetir su propio nombre a uno de los forajidos. El periódico "Mundo Obrero" del 31 de julio ponía en boca del futuro ministro de cultura, el comunista Jesús Hernández, la siguiente declaración: "Confío en que el señor Menéndez Pidal acepte la presidencia del Consejo Nacional de Cultura". Fue entonces cuando decidió refugiarse en la Embajada de México. Era entonces ministro de Instrucción (20-7-36/ 5-9-36) Francisco Barnés Salinas que no estuvo en condiciones de asegurarle la libertad de movimientos, ni siquiera la vida.

Una vez apurados los riesgos en caso de permanecer en la España republicana y sin ninguna intención de pasar a la nacionalista, don Ramón, de acuerdo con Marañón, decide escapar a Francia. Como informa el biógrafo de Menéndez Pidal, José Pérez Villanueva, "entre las dificultades que necesitan vencer están las inherentes a la edad militar de sus respectivos hijos, Gonzalo y Gregorio; Gonzalo y su novia, Elisa Bernin, logran el permiso de salida celebrando su matrimonio civil en el Quinto Regimiento ante el comandante Lister, Marañón, el capitán de milicias Ángel Ganivet y el arquitecto Sánchez Arcos (el matrimonio canónico se celebró en Francia a los pocos días)" (Pérez, 342-343).

La familia Menéndez Pidal y la de Marañón fueron conducidas por una patrulla gubernamental mandada por el capitán Ganivet, hijo del escritor. El hecho se justificaba por la buena voluntad del Gobierno para que intelectua-

les tan prestigiosos y requeridos por las embajadas de gobiernos con peso, pudieran embarcarse sin percance alguno.

Como cuenta Marino Gómez-Santos, "Al llegar a París, la familia Marañón se alojó en el hotel Iéna e inmediatamente tomó contacto con los amigos españoles que habían logrado salir de Madrid meses antes. Eran éstos, Ramón Pérez de Ayala, el doctor Hernando, Azorín, Ortega y Gasset, Secundino Suarzi y Sebastián Miranda" (402).

José Castillejo, el inspirador de la Resi y quizás el más representativo entre los intelectuales afiliados a la Institución Libre de Enseñanza, no corrió mejor suerte. Encontrándose en Ginebra cuando estalló la guerra, consideró su deber ponerse al servicio del Gobierno de la República. Antes de dirigirse a Madrid pasó por Benidorm donde se encontraba su familia veraneando. En seguida le informaron de la situación en España. Poco días después recibió un telegrama del cónsul británico en Alicante, invitándole a abandonar España en un barco inglés. Él decidió ponerse a las órdenes de la República, pero consideró oportuno que la familia embarcase, sobre todo después de una dura discusión con el alcalde comunista de Alicante. Tanta fue la tensión que la familia no esperó a que zarpara el buque inglés, haciéndolo esa misma tarde en una fragata francesa. Cuando Castillejo llegó a Madrid le informaron que el periódico anarquista *Claridad* había publicado una lista negra en la que él figuraba. Como ex-presidente de la Junta para Ampliación de Estudios fue a visitar al ministro de Instrucción, su inmediato superior. Barnés le contestó que la solución mejor era marcharse de España, pues él mismo nada podía hacer ni para asegurarle la vida, ni para darle un permiso de expatriación. Gracias a un telegrama de Gilbert Murray, presidente del Intellectual Cooperation Committee of League of Nations, que le pedía trasladarse inmediatamente a Londres para consultas, pudo lograr, si bien con muchas dificultades, el ansiado pasaporte. Luis Palacios, investigador de su obra y de su papel en la cultura española, ha escrito que "Un día recibió una llamada telefónica de Paulino Suárez, su médico y amigo, anunciando que en la Residencia, donde vivía, acababa de oír comentar que irían pronto a buscarle. Y así fue. Al poco tiempo llegó el tristemente célebre y típico coche con varios hombres armados de rifles dispuestos a dar el *pasetillo* a Castillejo" (1979, 159).

El alma durante tantos años de la Junta para Ampliación de Estudios pudo evadirse de su España republicana, pero detrás de él la libertad, la pedagogía y la cultura quedaban, en su esencia, arriadas, por lo menos esas letras y esas ciencias de élites de los años 30 que han sido y siguen siendo nuestro orgullo en campo cultural de toda la historia de España contemporánea. Desapareció la ILE, el Centro de Estudios Históricos, la Junta para la Ampliación de Estudios, el Instituto-Escuela, y cambió la Resi, transformada primero en orfanato

y más tarde en cuartel de guardias de asalto hasta marzo de 1937. En junio del mismo año, en un estado de total degradación, se convirtió en Hospital de Carabineros.

Los gobiernos de la República liquidaron muchas de las instituciones más prestigiosas. Eran las mismas de las que muchos historiadores progresistas se han vanagloriado de contarlas en el patrimonio de la cultura republicana. Y cuando Franco ganó la guerra, ¿qué fue de tantos esfuerzos acumulados desde la creación de la ILE en 1876 o de la Junta en 1907? "El 24 de noviembre de 1939, siendo ministro Ibáñez Martín, se estableció el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ocupó los locales de la Junta; la Residencia de Estudiantes dejó sus locales para lo que en adelante fue Residencia del Consejo y el Instituto Escuela se convirtió en la sede del Instituto Ramiro de Maeztu" (Palacios 1979, 103-104).

De la breve historia expuesta sobre los últimos días de la Residencia de Estudiantes se pueden sacar algunas conclusiones. La primera confirma lo que hemos expuesto en páginas atrás, es decir que toda la intelectualidad que abandonó España no se identificaba con los derroteros políticos de la República. Lo dicho no da pie para pensar que estos intelectuales mirasen con simpatía al régimen militar que se estaba preparando. Y no podía ser de otro modo. La intelectualidad española de esos años era lo suficientemente liberal y elitista como para sentirse alejada sea de un gobierno populista y revolucionario, sea de un gobierno de dictadura militar cuyo apoyo mayoritario lo recibiría de la pequeña burguesía. Elegir uno de los bandos en lucha significaba romper con la tradición liberal, con el acercamiento a Europa y con el alto nivel cultural. Elecciones de fondo basadas por lo general en una filosofía individualista.

La segunda idea que se deduce de esta historia es que el título de *Exilio español de 1939* no responde a la realidad, sobre todo si nos referimos principalmente al cultural, pues, como ya hemos visto, muchos intelectuales abandonaron España en cuanto les fue posible; es decir, en el verano de 1936.

Hay otro punto importante en la historia inicial del exilio que necesitaría mayor atención. Nos referimos a la guerra geográfica. Cuando estalló el 18 de julio la mayoría de nuestros prohombres de ciencias y de letras se encontraban en Madrid y Barcelona y, como se sabe, ambas ciudades quedaron bajo el control de la República. Como las matanzas en ambas zonas empezaron en seguida nadie fue libre, a menos de exponer inútilmente su vida, de expresar sus propias opiniones (ver Escolar). En la zona sublevada se impuso un militarismo duro y tradicionalista perseguidor acérrimo de partidos, ideas, personas que de lejos o de cerca hubiesen colaborado al nacimiento y pervivencia de la II República. Así se llegó a asociar republicano con masón y comunista,

creando un "cocktail" absurdo pero peligroso. Los precedentes habían nacido durante la monarquía constitucional de los siglos XIX y XX. Así las cosas, pocos intelectuales salían indemnes de tal juicio histórico-ideológico. El trampolín del mal se nucleó en el liberalismo que por debilidad y por corrupción había abierto las puertas a las ideas marxistas y revolucionarias. En la zona republicana la situación no dejaba mayores espacios. Los intelectuales, en medio del régimen de terror que reinaba, se vieron obligados a declaraciones tan comprometidas que no tenían vuelta atrás. Por eso, después de poco tiempo de guerra, los intelectuales que no habían podido o querido salir de las respectivas zonas se vieron obligados a comportamientos de adhesión total a los respectivos gobiernos. Todo ello explica que el exilio de intelectuales en la zona republicana alcanzase dimensiones tan considerables.

Destaquemos, para evitar equívocos, que hubo intelectuales comprometidos con los partidos revolucionarios, como lo demuestran libros y sobre todo revistas de los últimos años de la República. Pero por supuesto no fueron la mayoría, como igualmente no superaron un número reducido los que se manifestaron abiertamente monárquicos o falangistas. Ciertamente que algunos intelectuales al verse comprometidos en una zona y en vista de los horrores de la otra participaron con mayor o menor entusiasmo por su causa. Sin embargo, resulta difícil delimitar ideas y sentimientos, posturas anteriores y posteriores a 1936.

Resumiendo, los intelectuales españoles se dividieron no en los dos grupos contrapuestos de la guerra. Habría que decir que se vieron obligados a hacerlo, pero en realidad sería mucho más exacto afirmar que participaron de las ideologías vigentes en la Europa de los años 30: la revolucionaria (marxista y anarquista), la fascista, pero la mayoría se sentía inclinada por el régimen democrático vigente en los países que durante la Guerra Mundial se llamaron aliados. En fin, no faltaron escritores que expresaron opiniones políticas personales difícilmente encuadrables en las tres grandes ideologías señaladas. Un ejemplo puede ser Baroja. Como Unamuno, pensaba don Pío que "Son los instintos los que se perpetúan. Las ideas son poca cosa"², y en otro lugar expresa la imposibilidad de inclinarse por uno de los dos bandos. "Por la ideología es para mí difícil, pues ambos me parecen igualmente pobres y míseros" (23). Tampoco Baroja se inclinó abiertamente a favor de la democracia, si exceptuamos un vago liberalismo, sustantivo pegajoso durante su formación modernista, pues el término político se asociaba con el individualismo característico de su generación: "Yo he sido siempre individualista y liberal. No he tenido nunca simpatía por la democracia y menos por el socialismo o el comunismo" (9).

Cabría comentar también acerca de algunos intelectuales catalanes y vascos, enfrentados al franquismo más por motivos nacionalistas que por amor a

la República. La historiografía actual sobre el tema nos ahorra resumir actitudes políticas³.

Quisiéramos terminar previniendo al lector o al joven investigador del exilio de que otro de los lugares comunes ha consistido en repetir hasta la saciedad que fue tal el número de intelectuales transterrados que la cultura en la península desapareció de una ocasión por insignes catedráticos como Elías Díaz y José Luis Abellán⁴. Este último, siguiendo a Juan Maestre Alfonso ofrece las siguientes cifras de exiliados para el cuerpo académico: 462 profesores de Universidad, Liceos, Institutos Normales y Escuelas Especiales y 208 catedráticos (*Exilio español*, 1: 17). Javier Rubio, en cambio, da razón de las fuentes: listas nominales de la Unión de profesores universitarios españoles en el extranjero y Presupuestos Generales del Estado 1933. Las cifras, por lo tanto, serán imperfectas por defecto, sea porque algún profesor no adhirió a la Unión de Profesores —según parece fueron pocos por ser un órgano de ayuda—, sea porque de 1933 al 36 pasan 3 años, si bien es verdad que las variantes en este periodo resultaron mínimas. Teniendo en cuenta los pequeños errores por defecto, Rubio afirma que los catedráticos de universidad exiliados fueron 72 y los profesores no numerarios 142. A este respecto el historiador y diplomático comenta:

Ocho de las doce universidades existentes en España en 1936, esto es, la gran mayoría, quedan desde los primeros días en manos de los sublevados, pero ello no quiere decir que sólo una minoría de profesores universitarios tuviera la oportunidad de exiliarse, pues en primer lugar entre las cuatro universidades que quedan en manos del Gobierno se hallan las dos más importantes: tan sólo la de Madrid tenía entonces 125 catedráticos que era casi la cuarta del total de los 540 catedráticos numerarios de universidad que había en España. Pero además [...] al haberse iniciado la guerra civil en época de vacaciones académicas buena parte del profesorado universitario se hallaba fuera de las sedes de sus respectivas universidades, sobre todo si éstas eran de provincias. De hecho, la mayoría de los catedráticos de universidad tuvieron oportunidad, por unas u otras razones, de encontrarse en zona gubernamental e incluso de expatriarse durante la guerra civil (221)⁵.

El porcentaje de los catedráticos exiliados respecto al total resulta altísimo, alrededor del 14 o del 15%. El número aumentaría seguramente si añadiésemos las jubilaciones y los fallecimientos. Los cálculos los ha realizado Javier Rubio que asegura que de los 487 catedráticos no jubilados en 1935, finalizada la guerra e iniciadas las actividades académicas, se incorporaron 328; es decir, dos terceras partes. La proporción resulta brutal, pero en base a ella no puede sostenerse que la cultura académica en España desapareciese, ni que el centro de la vida artística hubiese dejado Madrid por Ciudad del México.

No es este el lugar para el recuento de los escritores, científicos, filósofos, etc. que marcharon o se quedaron. No se puede negar que los años 40, a pesar de algunas figuras de primer orden, están dominados por la mediocridad y,

sobre todo, por la escasez, pero también es verdad, como están demostrando tantas investigaciones recientes, especialmente en campo literario, que la creación no se detuvo. Libros y revistas nos dan cuenta que, no obstante tiempos duros y difíciles, el entusiasmo por la creación se esparció con más fuerza de la que hasta hace pocos años habíamos imaginado. Y no bastaría con recordar las firmas, contenidos y tipografía de revistas como *Escorial*, *Garcilaso* o *Española*, puesto que también en provincias se mantuvo una ilusión y decoro por lo artístico que sólo las últimas investigaciones están demostrando.

Quedan otros aspectos mal o insuficientemente tratados por la historiografía del exilio. Nos queremos referir solamente a uno. Probablemente a causa de los choques entre algunos gobiernos de la república y la Iglesia se ha dado por descontado que entre nuestros exiliados los católicos brillaron por su ausencia. Otro motivo hay que detectarlo en la particular relación del franquismo con la Iglesia. Se ha tenido la impresión, y con ella se ha trabajado, que toda la intelectualidad católica se quedó en España. Y, en cambio, no ha sido así. La investigación, a pesar de lo mucho que está realizando en los últimos años, tendría que trabajar más sobre las biografías de nuestros exiliados. Yo lo he hecho muy parcialmente en el campo de la filosofía y una somera ojeada me ha revelado que buena parte de los exiliados filósofos provenientes de las escuelas de Madrid o Barcelona eran creyentes e, incluso, algunos de ellos sacerdotes.

Jaime Serra Hunter (1878-1943), formado en la tradición filosófica catalana del siglo XIX —Llorens i Barba y Martí Eixalá— inició su docencia en la universidad de la ciudad condal en 1913. En los años treinta representó a esa corriente intelectual proveniente sobre todo de Francia que se había propuesto conciliar, como por ejemplo E. Mournier, catolicismo y socialismo. Habiendo comprendido los estragos que suponía la implantación del positivismo y del posterior modernismo, defendió una axiología basada en la objetividad del conocimiento. Para tal operación prefirió el catolicismo de Bergson o de Max Scheler al realismo ingenuo de la escolástica medieval.

Otro filósofo catalán e ilustre exiliado de formación católica, si bien no practicante, fue Joaquín Xirau (1895-1946). Muy influenciado por la tradición del cristianismo agustiniano, participó, como otros discípulos del santo de Hipona, de una profunda creencia en el amor como origen y culminación del proceso cognoscitivo y ético. Entre sus discípulos se cuentan dos importantes filósofos catalanes exiliados: Juan Roura Parella (1897-1983) y Eduardo Nicol (1907). El primero tuvo como puntos de referencia los sistemas de Hartmann y Scheler. En cuanto a Nicol su obra es un intento de superar los subjetivismos de la filosofía de las dos primeras décadas del XX. Si bien su pensamiento es muy complejo y, además se ha ido enriqueciendo con el tiempo, puede ser incluido siempre dentro del espiritualismo cristiano.

David García Bacca (1901-1991) antes de licenciarse y doctorarse en filosofía se había ordenado sacerdote y como tal marchó al exilio americano, si bien problemas filosóficos, eclesiásticos y, sobre todo, personales le aconsejaban una secularización sin dispensas, ni permisos canónicos.

Otro filósofo sacerdote exiliado fue José María Gallegos Rocafull (1899-1963). Canónigo de la catedral de Granada, con una espléndida formación escolástica y en filosofía contemporánea, se puso decididamente al lado de la República durante la guerra civil. Desde su sacerdocio y desde su fe cristiana, mantenida más allá de las circunstancias y de los fuertes contrastes con la jerarquía, demostró con su vida y con su obra que el catolicismo no implicó necesariamente partidos ni bandos. Su figura resulta hoy faro luminoso contra todos aquellos que han querido unir en modo automático catolicismo y franquismo. Suspendido "a divinis", ayudó como sacerdote en la parroquia de la Coronación de la capital mejicana. Su obra es ejemplo de dedicación y consolidación de la cultura católica en América y esfuerzo constante para entroncar la filosofía mejicana con la mejor tradición de la escolástica española.

Eugenio Imaz (1900-1951), católico y amigo de José Bergamín y colaborador con él en la revista *Cruz y Raya*, que dio espacio antes de la guerra a los cristianos comprometidos, representa una figura rica y compleja, en posesión de una fe angustiada y en lucha contra la seducción de algunos aspectos de la contemporaneidad. Fundador de *Cuadernos Americanos* enseñó en la facultad de Letras de Caracas y en la de Ciudad de México.

Cuando estudiaba filosofía en Madrid tuvo la suerte de conocer a otro donostiarra, ya catedrático, de gran prestigio y enorme sabiduría filosófica, el padre Juan Zaragüeta quien, sabiéndole cristiano por nacimiento y convicción, le aconsejó seguir algunos cursos en la universidad católica de Lovaina, creada por el neotomista Mercier. Allí marchó con un compañero y amigo de futuro renombre filosófico, también vasco como él, Javier Zubiri. Como recuerda Ascunce "aunque no extremaba las prácticas religiosas Eugenio Imaz era un joven católico con una acentuada fe y un marcado compromiso personal como creyente. No se puede olvidar en este sentido que tanto Javier Zubiri como Juan Zaragüeta, sus mejores amigos y confidentes, eran sacerdotes" (52).

Entre los alumnos católicos de Ortega, aparte de Zubiri y de Julián Marías, se cuentan, entre otros, Manuel Granell Muñiz. Granell (1906-1986) no abandonó España ni en 1936 ni en 1939, sino en 1949 cuando aceptó una invitación de la universidad de Caracas. Ortegiano en filosofía y de fe católica eligió un existencialismo cristiano, muy en pugna con Heidegger; la historiografía es deudora con Granell de una consistente monografía.

Consideramos significativa la fugaz lista ofrecida al lector, teniendo en cuenta que el elenco de los filósofos exiliados, con prestigio, no dobla ni

mucho menos la cifra aquí aportada. Sabemos que no ocurrió igual en otros campos del saber, pero la investigación en cualquier rama de las ciencias humanas o exactas hallará siempre representantes del mundo católico, lo cual no sólo rompe con la falsa asociación franquismo=caticismo sino que demuestra la universalidad de la fe por encima de partidos, ideologías políticas, guerras geográficas y desgarramientos personales.

No hemos pretendido, ni pretendemos, presentar un cuadro de nuestros filósofos exiliados con miras apologéticas. Simplemente nos ha empujado la verdad histórica y quizás —si se me permite una pequeña confesión— un poco de rabia en el haber constatado que el lector del exilio cierra los libros dedicados al tema con una impresión radicalmente opuesta a la aquí presentada, sobre la relación fe y cultura de nuestros intelectuales exiliados.

Somos conscientes de que algún investigador o biógrafo podrá explicar con pelos y señales, por ejemplo, el alejamiento total de la Iglesia de García Bacca, si bien es verdad que siguió vistiendo la sotana durante mucho tiempo —según me contaron miembros de Instituto de Filosofía de la Universidad de Caracas—, o el acto suicida de Eugenio Imaz. Sinceramente creemos que mantener cierta forma de vida sin los correspondientes puntos de referencia habituales no es tarea fácil, pero a pesar de todo el ejemplo cristiano de algunos aguantó, contra viento y marea, todos los vendavales de la prodigiosa y desgarradora experiencia del último exilio español⁶.

NOTAS

1. Ver Limón; Lapesa; Jiménez Fraud; Saenz de la Calzada; Palacios Bañuelos; Algorta Alba. No olvidamos la importancia del Ateneo aunque sus finalidades no estuviesen en la misma línea de las anteriores instituciones (ver Ruiz Salvador).
2. Entrevista realizada por un periodista americano en el verano de 1936 en San Juan de Luz; ahora en Pío Baroja, *Ayer y hoy* (20).
3. Ver *La cultura del exilio vasco*, a cargo de José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel; Llera, *El último exilio español*; Amezaga Clark, *Nere Aita. El exilio vasco en América*; Aulestia, "Literatura vasca en el exilio" y "Un siglo de literatura vasca (III)".
4. J. L. Abellán ha repetido el concepto en diversas publicaciones, aunque debemos constatar que en recientes trabajos ha rectificado. Del primer periodo señalamos: *Panorama de la filosofía española actual*.
5. En la nota 7 de la misma página añade: "a este respecto puede aducirse que más de la mitad de los 27 catedráticos de Derecho —que era la facultad más extendida entonces en España— que figuran en la relación de profesores exiliados que nos ha servido de base para el cuadro 10, eran titulares de las cátedras de las ocho universidades que quedaron desde los primeros momentos en manos de los sublevados.
6. La mayoría de estos datos han sido recogidos del volumen por mí dirigido *El último exilio español*, que a su vez es deudor, naturalmente, de los de José Luis Abellán, Gonzalo Díaz y Díaz, Alfonso López Quintás, etc.

OBRAS CITADAS

- Abellán, José Luis. *Filosofía española en América (1936-1966)*. Madrid: Guadarrama, 1966.
- . *De la guerra civil al exilio republicano*. Madrid: Mezquita, 1983.
- . *El exilio español de 1939*. Vol. 1. Madrid: Taurus, 1976.
- . *Panorama de la filosofía española actual*. Madrid: Espasa Calpe, 1978.
- Algora Alba, Carlos. *El Instituto-Escuela de Sevilla (1932-36)*. Sevilla: Diputación, 1996.
- Amezaga Clark, Mirentxu. *Nere Aita. El exilio vasco en América*. San Sebastián: Txertoa, 1991.
- Ascunce, José Ángel. *Toptas y utopías de Eugenio Imaz*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Aulestia, Gorka. "Literatura vasca en el exilio". *Homenaje a Francisco de Abrisqueta*. Erandio: Sociedad Boliviana del País Vasco, 1993. 393-415.
- Aulestia, Gorka. "Un siglo de literatura vasca (III)". *Sancho el Sabio*. 2.ª serie. 7 (1997): 13-77.
- Ayala, Francisco. *Recuerdos y olvidos. 2. El exilio*. 2.ª ed. Madrid: Alianza, 1984.
- Baroja, Pío. *Ayer y hoy*. Madrid: Caro Raggio, 1997.
- Díaz, Elías. *Pensamiento español 1933-1974*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974.
- Díaz y Díaz, Gonzalo. *Hombres y documentos de la filosofía española*. 5 vols. Madrid: CSIC, 1980-1995.
- Escolar, Hipólito. *La cultura durante la guerra civil*. Madrid: Alhambra, 1987.
- Fagen, Patricia W. *Transterrados y ciudadanos*. México: FCE, 1975.
- Gómez-Santos, Marino. *Vida de Gregorio Marañón*. 2.ª ed. Barcelona: Plaza y Janés, 1987.
- González Egido, Luciano. *Agonizar en Salamanca. Unamuno Julio-Diciembre 1936*. Madrid: Alianza, 1986.
- Jiménez Fraud, Alberto. *La Residencia de Estudiantes*. Introd. Luis G. de Valdeavellano. Barcelona: Ariel, 1972.
- . *Historia de la Universidad española*. Madrid: Alianza, 1971; número monográfico de *Arbor*, enero 1987.
- Ascunce, José Ángel y María Luisa San Miguel. *La cultura del exilio vasco*. 3 vols. San Sebastián: 1994.
- Lapesa, Rafael. "Menéndez Pidal creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos". *Alza la voz pregonero. Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal, 1979.
- Limón, Esteban. "El Palacio de Hielo: sede del Centro de Estudios Históricos". *La Junta para Ampliación de Estudios*. Madrid: C.S.I.C., 1988.
- López Quintás, Alfonso. *Filosofía española contemporánea*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1970.

- Llera, Luis de. "El exilio español como redescubrimiento de América en E. Nicol". *L'America tra il reale e il meraviglioso. Scopritori, cronisti, viaggiatori*. Atti del Convegno di Milano. Ed. G. Bellini. Roma: Bulzoni, 1990.
- . "Los últimos días de la Residencia de Estudiantes". *Aportes* 32.3 (1996): (1996b).
- Llera, Luis de, ed. *El último exilio español*. Madrid: Mapfre, 1996 (1996a).
- Maestre Alfonso, Juan. "Los intelectuales exiliados". *Informaciones* 14 febrero 1976.
- Moreno Villa, José. *Vida en claro. Autobiografía*. México: FCE, 1976.
- Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido. Memorias*. Buenos Aires: Losada, 1974.
- Ortega, Miguel. *Ortega y Gasset, mi padre*. Barcelona: Planeta, 1983.
- Ortega, Soledad. *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida. 1883-1955*. Madrid: Ministerio de Cultura-Fundación Ortega y Gasset, 1983.
- Palacios Bañuelos, Luis. *Instituto-Escuela. Historia de una renovación educativa*. Madrid: Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1988.
- . *José Castillejo. Última etapa de la Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Narcea, 1979.
- Pérez Villanueva, José. *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*. Pról. Rafael Lapesa. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.
- Rubio, Javier. *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*. Vol.1. Madrid: San Martín, 1977.
- Ruiz Salvador, Antonio. *Ateneo, Dictadura y República*. Valencia: Fernando Torres, 1976.
- Sáenz de la Calzada, Margarita. *La Residencia de Estudiantes. 1910-1936*. Madrid: C.S.I.C., 1986.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
5708 SOUTH CAMPUS DRIVE
CHICAGO, ILLINOIS 60637

MEMORANDUM FOR THE RECORD
DATE: 10/15/68
SUBJECT: [Illegible]

1. [Illegible]

2. [Illegible]

3. [Illegible]

4. [Illegible]

5. [Illegible]

6. [Illegible]

7. [Illegible]

8. [Illegible]

9. [Illegible]

10. [Illegible]